

Encontrarás dragones

POR JUAN MANUEL DE PRADA



Roland Joffé es, tal vez, el último mouchicano de un tipo de cine hace tiempo extinto, cuyo más alto representante fue David Lean: un cine que, a la vez que despliega los recursos fastuosos y trepidaciones propios de una superproducción, se ensimisma en la peripecia espiritual de sus personajes; un cine de sustancia épica, atento a los paisajes del alma, a esos recintos secretos del corazón donde se entretreje una sinfonía de pasiones encontradas, de conflictos desgarradores de conciencia, de lealtades acérrimas y traiciones enquistadas, que radiografían la esencia contradictoria del ser humano, capaz de las acciones más viles, pero también de los designios más nobles y sobrehumanos. De un designio noble y sobrehumano trata, en definitiva, *Encontrarás dragones*, la película de Joffé que recupera el aliento épico de *Los campos del silencio* y *La misión*. Como ocurría en los dos títulos mencionados, Joffé nos conduce hasta la médula misma del dolor, allá donde campan las tinieblas; y entonces descubrimos, como ocurría en aquellas dos películas memorables, que incluso allá donde todo parece perdido puede brotar la luz que ilumine la andadura del hombre sobre la tierra.

EL PORTADOR DE ESA LUZ es, en este caso, un joven sacerdote de Barbastro, que allá donde triunfan los odios atávicos siembra una semilla de perdón y reconciliación cuyos frutos se derramarán a lo largo de las generaciones, traspasando fronteras, sanando heridas que parecían irrestañables. Ese sacerdote que porta esa luz es Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei; y la fuente de esa luz es, naturalmente, divina. Sorprende que un director que se confiesa agnóstico haya podido penetrar de un modo tan franco y tan liberado de prejuicios en la médula misma de una vocación religiosa; y que haya logrado entender a la perfección el sentido último de esa vocación, que abrazándose a la Cruz logra una íntima comunión con el sufrimiento humano.

Encontrarás dragones transcurre, en gran medida, sobre el telón de fondo de nuestra Guerra Civil, que San Josemaría padeció en sus propias carnes. Fuera de algunos errores de ambientación, la visión que Joffé ofrece de aquel conflicto cainita encierra una enseñanza repa-



radora: más allá de las causas viles o equivocadas a las que los hombres sirven, en cada hombre anida un rescoldo de dignidad que lo hace valioso en sí mismo. En *Encontrarás dragones* no se ocultan ni dulcifican las vilezas y tropelías perpetradas en el "Madrid rojo"; pero, en medio de ese torbellino de sangre, Joffé prefiere posar la mirada sobre un puñado de personajes –el revisor del metro que impide que Escrivá

sea vapuleado, el capitán del ejército republicano que lo esconde en su casa, el líder anarquista que ama con nobleza a la miliciana húngara que, como florecillas entre los escombros, refutan la hegemonía del odio—. Como la semilla esconde el árbol, cada uno de estos personajes esconde un venero de humanidad invicta que ni las ideologías obtusas ni el imperio del crimen pueden cegar del todo; y ese venero, iluminado por la gracia divina, es el que el protagonista de la película (interpretado magníficamente por Charlie Cox) se esfuerza por salvar, por recomponer y alimentar, seguro de que a la postre rendirá frutos.

ENCONTRARÁS DRAGONES ES UNA PARÁBOLA conmovedora sobre el perdón, esa fuerza purificadora –y tan escandalosa hoy, cuando hacen su agosto tantos apóstoles del rencor– que lava las culpas y restituye a los hombres el valor necesario para enfrentarse a la verdad. Joffé ha logrado bucear en las entrañas de esa fuerza que exorciza la pujanza del odio a través de la figura de Escrivá, logrando además presentar la fe religiosa que lo anima como una fe encarnada en cada hombre sufriente. Cuando el niño Josemaría, en su Barbastro natal, decide hacerse sacerdote entiende que no hay imitación de Cristo posible si antes no hay una aceptación del sacrificio, si antes no se carga sobre las espaldas con el haz de leña de las culpas humanas (Joffé nos lo muestra en una secuencia perturbadora y memorable, con unos pies descalzos caminando sobre la nieve); y esa ascensión del dolor propio y ajeno es la que, en definitiva, puede fundar los cimientos de la reconciliación. Joffé ha logrado, una vez más, irradiar luz allá donde campan las tinieblas.

www.juanmanueldeprada.com

Juan Manuel de Prada es escritor.